

ENSEÑAR A PREGUNTAR(SE) [ENSINAR A SI PERGUNTAR]

Jorge DÁVILA

(Universidad de Los Andes, Mérida – Venezuela).

E-mail: jl.davilar@gmail.com

*Cada vez que yo contaba mi asombro
me lo destruían diciéndome respuestas y explicaciones
como si yo hubiera preguntado.¹*

J.M.B.G.

¿Qué quiere decir enseñar filosofía? Hay un modo de responder esta pregunta que consiste en establecer lo que ha de entenderse por enseñar y por filosofía. Y luego, hacer la conexión entre la comprensión de ambos asuntos. Ese modo de responder conduce a establecer una suerte de principios o postulados que toman la forma de una doctrina para fijar tanto la respuesta como las consecuencias que de ella se deriven. Al proceder de ese modo, se invocarían la autoridad de la pedagogía y de la filosofía de la educación, por una parte, y también la autoridad de alguno que otro filósofo o escuela filosófica. Aquí, en lugar de ese camino, preferimos más bien explorar el sentido de la pregunta de *por qué nos hacemos preguntas*. Repito, *nos hacemos preguntas*, es decir, hacemos preguntas unos a otros (preguntar a los otros) y nos hacemos preguntas a nosotros mismos (preguntarse a uno mismo).

No quiero decir, en el asunto que aquí nos ocupa, que la pregunta enunciada al inicio sea transformada en la pregunta de por qué nos preguntamos qué quiere decir enseñar filosofía. No. Lo que quiero decir es que, para arribar a algún contenido sobre el asunto de la enseñanza de la filosofía, me luce más interesante –y entretenido– tomar como punto de embarque la constatación de que *nos preguntamos*. Simple constatación, pues se constata



1 Briceño Guerrero, José Manuel, *Esa llanura temblorosa...*, Oscar Todtmann editores, Caracas, 1998, p. 104.

en la experiencia cotidiana. Preguntarnos, preguntarse, encaja fácilmente en eso que suele llamarse banalidades. Es, también lo decimos con frecuencia, algo obvio. Sí, propongo partir de lo obvio. Hay modos de partir de lo obvio. Uno: seguir la cadena de la obviedad. Otro: sorprenderse ante la obviedad; es decir, admirarse de ella, asombrarse de ella. Seguir la cadena de la obviedad es lo más común y corriente del acontecer en que vivimos sumergidos. Asombrarse de lo obvio no es nada común. Rara vez nos asombra lo ordinario, o sea, el fluir ordinario de cuanto nos pasa. En cambio, lo que llamamos extraordinario es, casi seguro, causa de nuestro asombro, de nuestra admiración. Es obvio hacerse preguntas; eso parece. No es tan obvio asombrarse de lo que tomamos por obvio; eso también parece.

Si seguimos este hilo lógico, a saber: si (1) es obvio el preguntar, y (2) no nos asombra lo obvio, entonces, (3) no nos asombra el preguntar. Lo cual quiere decir que, ordinariamente, andamos por ahí, por el mundo, en el transcurso de la existencia, haciéndonos preguntas, claro que sí; pero unas preguntas que, aunque nos dé mucho trabajo el intento de responder a ellas, no nos sorprenden. Mejor dicho, en ese andar entre preguntas no nos sorprende precisamente el que andamos haciendo esas preguntas; el que estamos existiendo de manera interrogativa. De esta manera el preguntar lo transformamos, lo vivimos, en obviedad. Ahora bien, desde el momento en que el preguntar es considerado una obviedad, toda pregunta específica, particular y concreta, que nos hacemos nos coloca en una actitud que nos aleja con mayor vigor del mismo preguntar. Intentaré explicar eso.

Una ayuda para comprender cómo el preguntar pasa por ser algo obvio es fijarse en la manera en que preguntamos cuando con la misma pregunta estamos dando la respuesta de modo abierto, o la damos implícitamente. X le afirmó a Z que no lo acompañaría en el paseo. Z sale solo. X aparece y Z le pregunta. ¿No dijiste que no vendrías? Respuesta implícita: Sí, eso dije. Al personaje X le parece obvio que Z formule esa pregunta. El personaje Z enuncia la pregunta en base a la evidente, u obvia, contradicción entre la promesa de X y su obrar. Ambos personajes podrán continuar su paseo conversando entre preguntas y respuestas, plenas de obviedad, entre las cuáles aparecerá la explicación de X sobre la diferencia entre su promesa y su acto posterior. Lo que no será nada común es que X y Z, se sientan sorprendidos por el *evento* enunciado en la pregunta de Z, que se asombren de que esa pregunta lleve implícita alguna respuesta. Además, no será nada



común que X y Z se asombren de que Z, ante la presencia súbita de X, formule una pregunta y no, por ejemplo, una afirmación admirativa: ¡Oh, estás aquí! Es muy distinto asombrarse de una pregunta, de su contenido, que asombrarse de que se *pregunte*, del *preguntar* mismo.

Otra ayuda para comprender cómo el preguntar pasa por ser algo obvio es la de fijarse en la abundante experiencia cotidiana actual de situaciones en las que ante cada pregunta que aparece en la conversación actuamos de manera que “sabemos” o “conocemos” la respuesta. Ocurre como si las preguntas que hacemos estuvieran formuladas en base al repertorio de respuestas que ya tenemos acumuladas. Ocurre en el diálogo o conversación pero también en el diálogo interno. Este último caso es más interesante. Corresponde a la alienación del preguntar. X está a la espera de Z. X se dice: me pregunto si no será ya la hora de partir sin él. Su pregunta es la formulación interrogativa de la respuesta a escoger entre el repertorio de dos posibilidades; seguir esperando o partir. Desalienado estaría X si se asombra de su preguntar formulando la pregunta a sí mismo, por ejemplo, de por qué uno se cita con otro. Más extraño será que X se tome rigurosamente esa pregunta y no la banalice con una respuesta prefabricada: ‘bueno, uno es finalmente un ser social’.



Con nuestro apego cada día mayor a las facilidades que nos brinda la tecnología, en especial la que incide más fuertemente en la comunicación, vivimos como más común, como más ordinario, como más regular y casi como más natural que procedamos a la manera de obedecer a un repertorio de respuestas antes que a la sorpresa de la pregunta. La pregunta, y el mismo preguntar, no sorprende; menos, asombra. Es más, ya vivimos tan alejados de las mismas preguntas que no resulta fácil distinguir cuando estamos en situación interrogativa. La pregunta se ahoga en la banalidad y así se profundiza el alejamiento del asombro y así también más lejano está el horizonte del cuestionamiento de lo que nos parece obvio. Constatación histórica: la pregunta y el asombro engendraron la filosofía. Vivimos entonces una época en la que la filosofía está alejada de nosotros y en el que enseñar filosofía se ha convertido en tarea excesivamente árida. Se diría que la época conspira contra la filosofía. Es un panorama oscuro y negativo.

Pero no hay oscuridad absoluta. No todo es negativo. La filosofía y su enseñanza han vivido del asombro y la pregunta, sin duda. Pero su acicate fundamental es la obviedad. Batallar contra lo obvio es lo propio del filosofar. Su batalla, su esfuerzo es transformar el

campo de lo obvio, el campo de lo que luce evidente, ordenado con sus respuestas listas para ser usadas, con su sistema de soluciones obedeciendo la orden de que continúe el orden; su esfuerzo es transformar ese campo por medio de una problematización. Este medio no pretende el desorden del campo, pretende unir la obviedad en preguntas que se reúnan todas en una sola. Es la construcción del orden del preguntar. Bien pudo decir el maestro J. M. Briceño Guerrero:

Problematizar lo hasta entonces inadvertido por obvio puede conducir a una reflexión crítica (...) Cuando el problematizador de lo obvio y de sí mismo inicia auténticamente la actitud y actividad reflexivas, se lanza ipso facto in medias res; todas las cuestiones, por su estrecha relación e interdependencia, forman una sola.²

Nuestro tiempo está marcado por la mayor exigencia para el filosofar por la sencilla razón de que su acción esencial, el preguntar, ha sufrido una aplastante derrota por parte de la obviedad. Pero, si el preguntar pasa inadvertido por obvio, pues la tarea de la filosofía tiene más positividad propia. Esto es una paradoja solo en la superficie. Está la filosofía, podemos decir, en el límite de la crítica de sí misma. Está en el borde de ser considerada ella misma una obviedad; por lo tanto, más exigente y vigorosa será su actividad crítica. La reflexión crítica no nos deja llegar al límite extremo, interrumpe el paso más allá del borde. La crítica de la obviedad contemporánea, de esa obviedad que obnubila, es decir, la indagación de las condiciones que han hecho posible la asfixiante presencia y preeminencia de lo obvio que ahoga todo sentido del preguntar, coloca ahora a la filosofía en el terreno de cultivar su enseñanza como rescate del preguntar. La misión actual de la filosofía, la misión del filosofar contemporáneo ha de ser la realización de esa crítica. Misión cuyo cumplimiento exige la compañía de otra misión paralela: rescatar *el sentido de la pregunta*, esa es la misión actual de la enseñanza de la filosofía.

Esta misión ya no se propone la formación de filósofos, la formación de profesores de filosofía. No. Más bien, esa misión se realiza en cualquier enseñanza que asuma el reto de chocar fuertemente contra la banalización del preguntar. Y esa enseñanza no está limitada al espacio escolar. Es en el espacio de la vida amplia donde puede darse, en el llamado espacio de lo público, de lo común. Allí es más dura la batalla. Y me parece que

2 Briceño Guerrero, José Manuel, *¿Qué es la filosofía?*, Universidad de Los Andes, 1962, p. 18.



de manera hipotética se puede formular la idea de que sea la expresión artística la que permita desplegar el rescate del sentido de la pregunta. Ella está exenta de responder el reto ya sin mayor sentido de servir de mero medio para expresar o representar el pensamiento filosófico, cosa que durante mucho tiempo se ha hecho, por ejemplo a través del teatro. Me refiero a la expresión artística que protege el sentido del vivir, especialmente la que nace en el seno de la vida del pueblo, de la gente más humilde, la que vive la vida con mayores dificultades materiales. Esa expresión artística popular alberga en lo íntimo la potencia del preguntar con sentido. La alberga en su forma más pura: la del *asombro que aún no pide respuestas*. La expresión artística popular no pone en escena el preguntar, lo vive.

En el espacio escolar se puede emular la expresión artística popular. En este caso se trata de invertir la enseñanza de la filosofía en dos sentidos. Primero, evitar absolutamente la separación de esa enseñanza de otros aspectos curriculares. Es tan sencillo entenderlo como recordar, o re-conocer, que la enseñanza socrática, una de las fuertes raíces históricas del preguntar, se daba en la calle y sobre cualquier tema de la vida cotidiana. Así, en el espacio escolar, no son los profesores de filosofía los únicos que detentan el poder de rescatar el sentido del preguntar. Segunda inversión, entonces: desde cualquier enseñanza puede y debe hacerse esa tarea de rescate. Es conveniente esta segunda inversión aún si se mantiene la formación o enseñanza de materias o temas separados uno de otros. En la enseñanza, por ejemplo, de la ciencia natural resulta un absoluto sinsentido continuar poniendo el acento en la pretensión de que se aprenda la respuesta que se ha dado a problemas cuya pregunta que los engendró no es vivida, experimentada en la vida ordinaria. Pero del mismo modo puede entenderse para cualquier área curricular: música, historia, lenguas, geografía, literatura, deportes. Mantener, sin embargo, la separación rígida entre disciplinas que se enseñan seguirá siendo una fuerza contraria al rescate del sentido del preguntar. El ideal, de acuerdo con nuestra hipótesis, es que la escuela se convierta en una suerte de espacio teatral que emule la expresión artística popular alimentándose con toda la riqueza histórica y cultural de las ciencias, la literatura y el arte. Emular la expresión artística popular significa que en esa teatralidad escolar se haga explícito el por qué y el cómo del *sentido del preguntar como potencia del vivir en común*. Este ideal de escuela, de enseñanza filosófica, choca contra el acendrado y hasta inamovible *habitus* de la estructura escolar y curricular. Mayor resistencia se consigue en cuanto mayor es el nivel de la estructura; pienso en la resistencia, muchas veces de carácter



corporativo, de los profesores de filosofía en las universidades y, por supuesto, en el apego disciplinario de los profesores de otras áreas muy especializadas. Por eso, la realización del ideal se hace más plausible en los niveles más básicos del sistema escolar. Quizás sea este el camino más apropiado para los buenos ideales que alguna vez incitaron la indagación sobre la educación filosófica para niños. En todo caso, cuestión de lenguaje, cuanto más temprano la mente humana descubre el sentido del preguntar, más enriquecimiento del lenguaje adquiere.

Esta posibilidad aquí planteada hipotéticamente es tarea con sentido pleno en la situación educativa de Nuestra América, la latina. En nuestras naciones quizás resulta aún posible una auténtica revolución educativa que deberá marchar a paso tan lento como firme. Una revolución educativa que exprese la muy compleja heterogeneidad de la cultura popular latinoamericana. Heterogeneidad en la que se pone de manifiesto, así lo señalaba Briceño Guerrero,

“como revulsivo implacable, la necesidad de lograr una auto-concepción unitaria que armonice, integre y jerarquice los contenidos disímiles para producir una identidad coherente (...) es en el ámbito de la cultura popular donde, además de la conservación de lo dominado o desechado heterogéneo, se opera la creación de una identidad nueva que incorpora también a la cultura dominante curándole los pujos de universalidad abstracta para que forme parte de una individualidad cultural concreta capaz de enfrentarse a las otras del mundo con rostro propio.”³



DÁVILA, Jorge. ENSEÑAR A PREGUNTAR(SE). *Kalagatos*, Fortaleza, Vol.18, N.2, 2021, p. 252-257.

Recibido: 11/2021
Aprovado: 12/2021

3 Briceño Guerrero, José Manuel, *El alma común de las Américas*, Fundecem, Mérida-Venezuela, 2014, p. 126.